

# SUEÑOS ROTOS

Cuando Kalina Mbotó bajó a la cocina, su cara denotaba que había pasado una mala noche; los acontecimientos de la última semana habían hecho mella en su, de por sí, saludable aspecto. Apuró con desgana el ligero desayuno y salió rápidamente sin apenas despedirse de sus padres. Afuera la esperaba el autobús y dentro de él, ansioso por verla de nuevo, Pierre.

Cuando Kalina subió al autobús se la notaba un tanto intranquila, no obstante tenía junto a ella al que, suponía, iba a ser su primer amor de adolescente. Pierre a su vez se mantuvo razonablemente comprensivo con la actitud de Kalina y apenas cruzaron unas palabras durante el trayecto. A la puerta del Liceo la esperaban sus dos amigas, Josianne y Amelie.

La semana que empezaba iba a ser crucial para el devenir de las tres amigas. Por primera vez en diez años el equipo de baloncesto iba a jugar la fase final de la zona Norte. Además de las clases y de los inminentes exámenes deberían entrenar todos los días para acudir a la cita con suficientes garantías pues, no en vano, las tres amigas eran el pilar del equipo.

Por otra parte Pierre contó a sus dos inseparables amigos Patrick y Paul su inicio del romance con Kalina entrando los tres apresurados a clase, pues ya había sonado el timbre. Invariablemente durante todo el curso toda la clase les recibía con un: "bonjour le triple P" alusión esta a la que apenas daban importancia. Al contrario que Josianne, Amelie y Kalina, "le triple P", salvo Pierre que hacía atletismo, no realizaban un deporte en concreto salvo el ya conocido en todo el Liceo del constante flirteo con la mayoría de las estudiantes.

Al finalizar las clases, las tres amigas se quedaban a comer en el Instituto, repasaban los apuntes durante una hora y comenzaban un duro entrenamiento hasta las seis de la tarde, hora ésta en la que el autobús regresaba a los barrios periféricos de París y los jóvenes daban por finalizada la jornada escolar. Era entonces cuando Kalina se preparaba un sandwich, subía a su habitación y caía rendida en la cama. Por su cabeza desfilaban imágenes de la final de baloncesto, de Pierre pidiéndola salir, y por desgracia imágenes de un grupito de niñas "bien" del Instituto increpándola su color, su origen y su peso específico dentro del equipo de baloncesto, ya que el entrenador la había premiado con la capitánía por su esfuerzo y dedicación.

Cuando su padre, empleado de banca, y su madre, miembro de una organización pro-derechos de la mujer inmigrante, llegaban a casa a eso de las siete, Kalina les recibió con mejor disposición que cuando salió por la mañana.

A medida que pasaban los días, la inquietud se iba apoderando de Kalina pues, no en vano, solamente faltaba una semana para la fase final. A pesar de todo, la relación con Pierre se estabilizó y ambos se mostraron animosos y esperanzados. También el grupo de niñas “bien” dio una tregua a Kalina. La víspera de la partida a Lille, – lugar donde se iba a celebrar el campeonato –, el equipo realizó un último y duro entrenamiento; en un lance del mismo Kalina recibió un fuerte golpe en la cabeza y cayó inconsciente al suelo. El preparador físico la reanimó con unos suaves golpecitos en las mejillas y un poco de éter.

Sin embargo, cuando Kalina volvió en si todo se la antojaba extraño : el entorno, las voces que oía, la oscuridad e incluso el llanto de un niño. Su madre le apremiaba a levantarse ya que eran las cinco y media de la mañana y empezaba a despuntar el sol.

Transcurridos apenas un par de minutos, Kalina se hizo a la oscuridad de la choza, a la presencia de tres hermanos pequeños que dormitaban en un rincón y a las cálidas palabras de su madre instándola a levantarse ya que tenía que recorrer, como cada día, diez kilómetros de ida y diez de vuelta para ir al pozo mas cercano a por dos cántaros de agua; agua que necesitaban como el respirar para el sustento de sus hermanos, su madre y el suyo propio, pues su padre había sido secuestrado y torturado hasta la muerte por los rebeldes opositores al presidente. Durante el trayecto al pozo Kalina notaba un ligero dolor entre las piernas y recordaba con dolor y amargura la mañana que, hace aproximadamente veinte días, la curandera del poblado y – siguiendo el rito y la tradición de sus ancestros – había procedido a la ablación del clítoris por medio de un rudimentario objeto como era un cristal y la posterior hemorragia que la tuvo entre la vida y la muerte de dos a tres días. Recordó a su vez el sueño que había tenido esa noche y que pudo ser heroína por un día si hubieran llegado a la final, pero que también podía considerarse heroína por recorrer veinte kilómetros todos los días y cuidar de sus tres hermanos y de su castigada madre.

Elías O. P., padre (*segundo premio del 3º grupo*)